

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 34.—1.º de Agosto de 1871.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

UNA MADRE SUICIDA.

Los periódicos de estos días se han ocupado de un trágico suceso ocurrido en la calle de Toledo. Una jóven se arrojó al patio de su casa desde la boardilla ó piso 5.º en que vivia, y fue conducida moribunda á la casa de Socorro. La *Correspondencia de España* amplió luego la noticia con los detalles siguientes:

«La desgraciada jóven que se arrojó desde el piso 5.º al patio de
»la casa núm. 61 de la calle de Toledo, ha fallecido ayer en el hos-
»pital, despues de haber manifestado, segun parece, los motivos que
»la decidieron á tomar tan terrible determinacion. Era casada, y te-
»nia un hijo de mes y medio, á quien la desgraciada creia que no
»podria criar; y preocupada con esta idea, cojió á la criatura y la
»depositó en un portal de la calle de Rodas anteayer mismo, y des-
»pues se dirijió á su casa, donde llevó á término su propósito, en
»la creencia de que su pobre hijo, desapareciendo ella, sería reco-
»jido y criado por alguna persona de recursos. El niño fue condu-
»cido á la Inclusa, hasta que se averiguó quién era su padre, el cual
»dudamos que pueda atender á la lactancia del niño, por no contar
»con mas recursos que un jornal muy reducido.»

Afortunadamente hay una inexactitud en este párrafo: la desgraciada jóven vive todavía en el momento en que escribimos estas líneas, y está en el hospital de los Paules de la calle de Leganitos. Su situacion es muy grave, pero no desahuciada. Su parte intelectual se halla algo oscurecida por efecto de la violenta conmocion que sufrió en la terrible caída. Tiene un aspecto interesante y un semblante simpático. Se le ha hecho saber que hay personas que van á encargarse de su hijo, y esto la ha enternecido.

Siempre hemos creido que en todo suicidio hay una locura mas

ó menos duradera, pero bastante violenta para perturbar hondamente la razon. Solo así se esplica el que, siendo innato en el hombre el instinto de conservacion, que le hace precaverse de los peligros que amenazan su frágil existencia, el suicida prescinde de este instinto, y se da violentamente la muerte.

En confirmacion de esto recordamos una conferencia interesante que tuvimos hace ya años en Barcelona con un suicida, hombre de talento y buen criterio, aunque poseido de misantropía, que atentó contra sí mismo, pero sin herirse mortalmente: y preguntándole nosotros, cuando estaba ya tranquilo y arrepentido, sobre sus pensamientos y sensaciones al tomar la pistola, decia que apenas las sabia esplicar; que solo recordaba haber sentido un deseo rabioso de morir, como desea el descanso un caminante fatigado.

Pero si en el suicidio media siempre algo de locura, hay que investigar las causas que predisponen á esa enfermedad moral, y sería curioso un estudio fisiológico de las circunstancias y antecedentes de cada una de estas catástrofes individuales, para sacar de él útiles lecciones.

No cabe duda que la causa primera suele ser la falta de creencias religiosas. A medida que se debilitan y se reemplazan con el error monstruoso de ser el alma tan mortal y perecedera como el cuerpo, se hace ya posible esa estraña perversion del amor á la vida, y ese olvido del objeto para que hemos sido criados.

Además de esa causa, y como secundaria de ella, hemos visto locuras suicidas por exaltacion de pasiones. por falsas ideas de un pundonor mal fundado, por cobardía para sufrir, y aun á veces por hastío de gozar. Pero en el caso que nos ocupa hay algo mas interesante. Una madre jóven y honrada, casada con un jornalero de iguales condiciones, no puede lactar á su tierno hijo, y en la imposibilidad de buscar nodriza, se dice quizás á sí misma: «Hay establecimientos para los niños huérfanos, pero no para los que tienen madre: muriendo yo, mi hijo será recojido y cuidado.»

¡A qué tristes reflexiones se presta esta mezcla estraña de crimen y heroismo, de sacrificio y de obcecacion, y sobre todo de una desventura la mas digna de ser compadecida! La parte de crimen tenia su origen en la debilidad de principios religiosos, y sobre todo en la ignorancia; la parte de abnegacion procedia sin duda de un amor maternal y de una afliccion inmensa, que se devoraba en silencio y sin consuelo. Condenamos el crimen; lamentamos la ignorancia; y nos asociamos sinceramente á la desventura.

Esa pobre mujer, aunque unida á un marido honrado, pobre y sencillo, se consideraba aislada en medio de esta gran poblacion;

y para no presenciar la muerte de su hijo por inanición, prefirió locamente abandonarlo y matarse.

A corta distancia de su casa tenía la Inclusa; en su parroquia había Junta de Beneficencia; vecinos compasivos no le faltarian; y sabiendo buscar, no le hubieran faltado personas que la socorrieran y consuelos que la fortalecieran. ¡Cómo esa infeliz se consideró sin apoyo divino y humano, y cayó en la demencia homicida!.....

He aquí un ejemplo mas de lo que tantas veces hemos dicho; la mayor miseria no es la que sale á mendigar en la calle, sino la que sufre silenciosa en el retiro de la boardilla y de la casa pobre. La miseria, tanto como el socorro material, necesita enseñanza moral que la dé fuerzas contra el dolor, y consuelos de simpatías que suavicen la amargura del aislamiento, y que al despertar la dormida confianza en la Providencia divina, infundan también alguna en las buenas almas que aquí en la tierra todavía se ocupan, con ventaja propia y ajena, de hacer el bien posible á sus semejantes. Y prueba de que las hay es, que el hijo de esa pobre mujer, causa inocentísima de su desgracia, no está ya abandonado ni entregado á la lactancia penosa de la Inclusa. LA VOZ DE LA CARIDAD se ha encargado de él: nuestros suscritores son los que hacen esta buena obra, como han hecho otras.

Pero la miseria es tímida y está escondida. Hay que buscarla y descubrirla. He aquí la grata misión del que se dedica á socorrer y consolar pobres en la esfera que le permiten su posición, sus deberes y sus recursos. Si la desventurada suicida de la calle de Toledo hubiera tenido en su boardilla un visitador de pobres, no estaría hoy moribunda en el hospital.

Convengamos, pues, aunque sea doloroso decirlo, que si de ese atentado no es nadie directa y legalmente responsable, todos tenemos cierta complicidad moral, considerado el suceso bajo un punto de vista mas elevado. Nuestro egoísmo é indiferencia se presentó aterrador ante esa pobre mujer; no vió señales de simpatía ni esperanzas de socorro para su hijo desfallecido, y se fijó en la idea de que solo con la publicidad de su tremendo sacrificio escitaría la compasión para aquel fruto querido de sus entrañas.

No ha sido, pues, una locura aislada, sino fatalmente producida por las circunstancias de la sociedad en que vivía. No es fácil cambiar de repente esas condiciones, pero mucho puede contribuir la caridad para modificarlas. Todos los días sabemos ó vemos grandes miserias: si nos dijeran de repente que una de ellas iba á producir inevitablemente el suicidio, difícil sería que no nos apresuráramos todos á contribuir con un socorro ó con un consuelo para evitarlo.

Pues bien: cuando veamos un pobre en situacion aflictiva, pensemos que nuestra indiferencia puede desesperarle, y repetirse el triste drama de la calle de Toledo. Este recuerdo puede servirnos de util leccion: la persona mas buena y mas caritativa suele tener un momento de repulsion ó indiferencia hácia el dolor ageno. ¡Dios no permita que ese momento llegue en la hora desastrosa de la desesperacion del infeliz que solo cuenta con la caridad de sus semejantes!

Antonio Guerola.

LA CUESTION SOCIAL.

CARTAS Á UN OBRERO.

Carta sexta.

Apreciable Juan: En mi carta anterior he procurado demostrarte que el pauperismo es una desdicha de la humanidad, no un fenómeno de la civilizacion, que, por el contrario, le disminuye. Importa persuadirse de esta verdad consoladora, para no desesperar de la humanidad y tener fuerzas y emplearlas en buscar algun remedio, algun consuelo siquiera, á sus agudos dolores. Sus males son grandes, muy grandes, pero lo han sido mayores: trabajemos sin descanso y con fe en redimirlos mas y mas cada dia. Si imitáramos, como podíamos y debíamos, al que *pasó haciendo bien*; si, tan lejos de locas esperanzas como de la desesperacion culpable y cobarde, cerrando los oidos á la voz del egoismo, pusiéramos en actividad las nobles facultades que de Dios hemos recibido, cada cual en la medida de sus fuerzas, toda generacion, al extinguirse, podria decir á la que la sigue: *Te dejo la humanidad un poco mejor y un poco menos desdichada que la he recibido.*

Para conocer el pauperismo, sin lo cual es imposible hallar para él remedio ni paliativo alguno, lo primero es estudiarle, analizarle, ver de qué elementos se compone y cómo existe. Comprendo que semejante estudio tiene, entre otros desagradados, el de aparecer como una cosa trivial y que todo el mundo sabe; pero está lejos de ser indigno de una inteligencia, aunque sea elevada, profundizar esas cosas *que saben todos*, agruparlas, y sacar de ellas consecuencias que la pasion y la soberbia han oscurecido. Que á veces el genio necesita tocar á la tierra para fortalecerse y recibir las inspiraciones del sentido comun, que sirven de freno á sus delirios.

En cuanto á mí, Juan, lejos de disgustarme el que no halles novedad en las cosas que te voy á decir, me complace altamente que sepas unas; que caigas en la cuenta de que sabias otras, solo que no te habias parado á reflexionar sobre ellas; y que puedas comprobarlas todas, sin mas que recurrir á tu memoria, ó hacer una visita á los cuartos de la casa de vecindad donde habitas.

El pauperismo es miseria; la miseria se compone de miserables que lo son: 1.º Por falta de trabajo. 2.º Por no poder trabajar. 3.º Por no querer trabajar. 4.º Por imperfeccion del trabajador. 5.º Por mal empleo de la remuneracion. 6.º Por insuficiencia de la remuneracion.

La falta de trabajo puede ser permanente ó temporal, y lo propio sucede con la imposibilidad de trabajar.

El negarse al trabajo puede provenir de crimen, de vicio ó de vanidad.

La imperfeccion del trabajador puede ser efecto de mala voluntad, de falta de instruccion ó de natural ineptitud.

El mal empleo del fruto del trabajo puede ser por conducta viciosa ó por falta de circunspeccion.

La insuficiencia de la remuneracion puede ser efecto de las muchas obligaciones, ó de la carestía de las cosas necesarias á la vida, ó de lo crecido de los impuestos.

Te haré un pequeño cuadro, para que de un golpe de vista puedas hacerte cargo de las causas que producen la miseria.

MISERIA POR	{	Falta de trabajo.	{ Por no haber que hacer. Por falta de capital. Por emplearse el capital en especulaciones que no dan trabajo.
		Imposibilidad de trabajar.	{ Por enfermedad. Por vejez. Por niñez. Por atenciones imprescindibles.
		Negarse á trabajar.	{ Por crimen. Por vicio. Por vanidad.
		Imperfeccion del trabajador.	{ Por mala voluntad. Por ignorancia. Por falta de aptitud.
		Mal empleo del salario.	{ Por crimen. Por vicio. Por ligereza.
		Insuficiencia de la remuneracion.	{ Porque es corta. Por carestía. Por muchas obligaciones. Por lo crecido de los impuestos.

Todas las personas miserables verás que han caído en la miseria por alguna de las causas arriba señaladas, ó por la combinacion de varias. Empecemos nuestro estudio por

La falta de trabajo.

Las olas embravecidas del mar inmenso, que destrozan y tragan los navíos poderosos, obra la mas admirable del genio del hombre, están constituidas del mismo modo, obedecen á la misma ley que esas casi imperceptibles que se levantan en el agua de tu jofaina si la agitas. Del propio modo, las leyes económicas de los mercados de Londres y Nueva-York, son idénticas á las que rigen el puesto de verdura del portal de tu casa. Importa mucho que comprendas bien esto, Juan, porque si estuvieras persuadido de la identidad de ciertos fenómenos económicos, y de que lo que es absurdo en tu casa ó en tu vecindad lo es igualmente en todas las casas, en todos los palacios, en el mundo todo, tu buen sentido habria puesto en su lugar ciertas teorías, que no te han engañado sino por el disfraz de la fraseología científica, y por la suposicion de que los fenómenos en grande escala, que no puedes observar, no son esencialmente idénticos á los que ves todos los dias. Las cosas pasan en el mundo lo mismo que en tu barrio por lo que toca al asunto que nos ocupa, y al rededor tuyo y muy cerca tienes pruebas de si es verdad ó mentira la regla ó ley que te dan por universal.

Suponiendo que no olvidarás esto, vamos á ver qué se necesita en tu casa, en tu pueblo, en el mundo todo, para que haya trabajo; pero antes es menester que nos fijemos bien en lo que es trabajo. A mi parecer puede definirse así:

UN ESFUERZO INTELIGENTE Y SOSTENIDO, QUE PRODUCE UN RESULTADO ÚTIL. Esta definicion te hará comprender el absurdo, muy generalizado, de llamar trabajadores solamente á los que trabajan con las manos.

En primer lugar, con las manos solamente nadie trabaja, porque en el trabajo mas mecánico entra siempre cierta cantidad de inteligencia, así como en el mas elevado hay siempre algo material.

Trabajan igualmente el que hace una teja y el que hace una ley; el que cepilla una tabla y el que corrije un verso; el que amasa el mortero y el que combina los sonidos para producir una melodía; el que lleva una camilla y el que estudia los medios de aliviar ó curar al enfermo; el que construye un muro para encauzar la corriente de un rio, y el que medita sobre el modo de contener el desbordamiento

de las pasiones humanas. Esos trabajos que hasta aquí no has tenido por tales, y que ahora mismo te parecen muy cómodos, son á veces los mas penosos, y puedes cerciorarte de ello por lo mucho que gastan la vida del trabajador, envejecido antes de tiempo sobre sus libros. Sabes del albañil que se cae de un andamio y muere de resultas del golpe ó queda inútil, é ignoras que el estudio hace tambien sus víctimas, y que en las Escuelas de Caminos y de Minas, por ejemplo, enferman ó sucumben muchos jóvenes, que no tienen bastante robustez para resistir tantas fatigas mentales. No soy sospechosa de indiferencia para con los inválidos del trabajo manual: mis simpatías tienen siempre, y mis lágrimas cuando no puedo darles otra cosa; pero no he de negárselas al que cae abrumado por el trabajo de la inteligencia.

Investiguemos ahora qué se necesita para tener trabajo, y veremos que son indispensables estas condiciones:

- 1.^a Que haya medios de adquirir el instrumento del trabajo y de pagar al trabajador, ó que él los tenga si trabaja por su cuenta.
- 2.^a Que estos medios puedan y quieran dedicarse á este objeto.
- 3.^a Que haya quien quiera y pueda comprar el producto del trabajo.

Supongamos que eres oficial de zapatero. Para que tengas trabajo es necesario que el maestro tenga dinero para acopiar material y pagarte la hechura del calzado, que tarda mas ó menos en venderse.

Es preciso que el maestro crea que venderá la obra en buenas condiciones, porque si teme que se la roben, ó que le deja poca ganancia, aunque tenga capital se lo guardará, ó lo dedicará á otra especulacion en que espere hallar mas seguridad ó mas interés.

Es preciso tambien que haya quien quiera ponerse zapatos y tenga dinero para pagarlos: todas estas condiciones son necesarias igualmente, si en lugar de ser oficial trabajas por tu cuenta.

Ya ves, Juan, que sin material, sin herramienta, sin alimento y sin que haya quien compre los zapatos, no es posible que tú los hagas, ni que nadie te mande hacerlos.

Lo mismo sucederá si en vez de zapatos haces blusas, sillas, panes, sortijas, violines, memoriales 'ó comedias: para todo se necesitan medios de trabajar, comer mientras se trabaja, y venta de los productos obtenidos.

Me figuro que al leer esto piensas.—¿A qué vendrá decir y repetir verdades tan sencillas y que todo el mundo sabe?—Viene, Juan, á que se olvidan ó no se aplican estas verdades, porque de otro modo no era posible que te hablasen de *derecho al trabajo*, ni que tú creyeses que semejante derecho puede existir en el sentido que haya alguno que tenga *el deber legal de darte ocupacion*.

Supongamos que se declara solemnemente ese derecho, y que tú pides zapatos que hacer, ó que quieres venderlos si los haces por tu cuenta. ¿Y si no hay quien te dé obra? El Estado te la dará, dicen, en virtud del derecho que reclamas. Y si no hay quien quiera ó pueda comprar los zapatos, ¿qué hará el Estado de ellos? Los irá almacenando, y tú trabajarás, no para producir un efecto útil, sino para acumular un producto que de nada sirve, y tu trabajo dejará de serlo para convertirse en *ocupacion*: Tú dirás: zapatos siempre se necesitan. Es cierto, pero no siempre se necesitan, ó no siempre *pueden pagarse* en la cantidad en que pueden hacerse.

Si solo los de tu oficio tuvieran derecho al trabajo, aún sería posible que, haciendo un sacrificio grande, el Estado, aunque no tuviera *despacho*, te diera *obra*, y regalara ó tirara el sobrante. Pero todos los trabajadores, es decir, casi todos los hombres, tienen el mismo derecho que tú, y piden *ocupacion* en su oficio, su arte ó su ciencia.

En tu casa hay ochenta vecinos: no quieren gastar zapatos ó no pueden pagarlos, ó tienen quien se los haga mejores ó mas baratos que tú. En virtud de tu derecho, es preciso imponerles una contribucion para pagar tus jornales, quieran ó no quieran, hágalos ó no falta tu obra: esto es cómodo para ti. Pero en la misma vecindad hay un sastre, un carpintero, un albañil, un cerrajero, un médico, un abogado, un pintor, una modista, un músico, un arquitecto, un comerciante, un ingeniero, etc., etc., hasta ochenta, en fin, que tienen derecho al trabajo como tú. Es necesario que pagues la parte de contribucion que te corresponda para satisfacer el salario de todas estas personas, si es que no hay quien necesita ó puede pagar sus servicios. ¿Y qué quedará de tu salario despues que se saque lo preciso para contribuir al pago de tantos otros? No alcanzaria, Juan; puedes estar seguro de ello, porque *derecho* al trabajo supone el *deber* de dar que trabajar, deber que solo el Estado puede llenar. Figúrate cómo el Estado ha de hacerse industrial de toda clase de industrias, y comerciante, y vigilar todo lo que se hace y cómo se hace, y retribuir á cada uno segun su buena ó mala labor, y llevar á todas partes la actividad é inteligencia indispensables para que los productos se obtengan en buenas condiciones económicas, es decir, para que no cuesten mas de lo que valen.

Entra luego la apreciacion de lo que á cada uno ha de satisfacerse por su obra, segun es mucha ó poca, buena ó mala; cosa facil de hacer á un particular é imposible al Estado: lo que ha de darse á los que no tienen trabajo, porque no se han de crear pleitos para dar que hacer á los abogados, y herir á las gentes ó inocularles al-

gun virus para que los cirujanos no carezcan de ocupacion: y entra en fin la parte proporcional que á cada trabajador corresponde, porque si á todos se da lo mismo, nadie querrá hacer lo que ofrece mayores dificultades, y la sociedad volveria al estado salvaje.

Para intentar esto sería preciso que el Estado poseyese todos los instrumentos de trabajo, las tierras que se habrán de cultivar, las minas que habrán de explotarse, las fábricas de todas las industrias, los barcos destinados al comercio, los capitales; en fin, sería preciso despojar á todo el mundo, destruir la propiedad.

Si fuera posible, que no lo es, tamaño absurdo, el resultado inmediato de este comunismo sería la ruina del *empresario inepto* y puesto en condiciones en que es imposible prosperar, y del Estado; y esta ruina sería espantosa, porque la sociedad se hallaria sin recursos, sin capital como en los tiempos primitivos, y con una poblacion llena de necesidades que en ellos no se conocian, é infinitamente mas numerosa. Un ensayo se hizo en Francia el año de 1848 con los *talleres nacionales*: acudieron á ellos los operarios en virtud del derecho al trabajo; se trabajó mal, caro y poco, relativamente; faltó salida para los productos; despues de haber aglomerado los obreros, se cerraron los talleres; vino el hambre, la desesperacion, y aquellas jornadas en que no hubo vergüenza, pero en que corrió tanta sangre como en los combates que ha sostenido la Commune. Los grandes apóstoles del derecho al trabajo procuraron sustraerse á la responsabilidad de este desastre; ninguno quiso confesar que habia tenido parte en los talleres nacionales; y cayeron á miles las víctimas de ese pobre pueblo, á quien se engaña con tan poca reflexion ó con tan poca conciencia. ¿Y qué razones alegaban los sostenedores del derecho al trabajo para condenar que se ensayase en París? Todas venian á reducirse á la falta de oportunidad: como si pudiera haberla nunca para realizar lo imposible.

No puede ser lógico el que parte de un error, que de consecuencia en consecuencia va creciendo, hasta saturar las inteligencias que, á Dios gracias, no tienen una capacidad indefinida para él, ó hasta estrellarse contra los hechos, contra el imposible material. El derecho al trabajo debe ser idéntico para todo trabajador; lo mismo para el que hace caballos de carton ó tablas de logaritmos. Pero crear pleitos para dar que hacer á los abogados que no los tienen; inventar enfermos para que los médicos tengan á quien curar; remunerar al poeta cuyos versos nadie quiere oír, pareceria un absurdo imposible, y no obstante, no es ni mas ni menos que pagar al sillero para que haga sillas donde nadie quiere sentarse.

Cuando veo á un hombre con cara de honrado, con aspecto dig-

no, con señales de costarle grande esfuerzo decir: «Señora, un pobre jornalero que no tiene trabajo,» te aseguro, Juan, que aquella voz me causa un dolor profundo; pero he sufrido mas, porque la desdicha es mayor, al penetrar en una pobre vivienda, sin fuego ni estera en invierno, y he visto en ella á un obrero de la inteligencia sin trabajo; á un hombre de grandes conocimientos, de elevadas ideas, que quiere trabajar y no halla dónde, y con los suyos sufre la privacion de lo mas necesario, y no puede pedir limosna porque su dignidad se lo impide. ¿Crees tú que no es tambien desgarrador este espectáculo? ¿Crees tú que si hubiera derecho al trabajo deberia limitarse á los que trabajan con las manos, y que Cervantes, Camoens y Popin no hubieran podido invocarle en su miseria?

Yo sé que es terrible querer trabajar y no hallar dónde: tambien lo es una enfermedad dolorosa, y el perder los objetos de nuestro cariño, y el dejarlos al morir, y el ver que se estravian, y el hallar indiferencia en pago de amor..... La vida está llena de males terribles é inevitables: negándose á la evidencia de esta verdad, se corre tras ilusiones, sembrando al paso dolorosas y á veces sangrientas realidades.

Cuando *naturalmente* no hay trabajo, cuando espontánea y lógicamente no resulta como una *consecuencia*, nadie tiene la posibilidad ni puede tener el deber de darlo. La ley económica es inflexible, y despide al obrero. ¿Diremos con Malthus al hombre, *que está realmente de mas sobre la tierra; que en el gran banquete de la naturaleza no se ha puesto cubierto para él; que la naturaleza le manda que se vaya, y no tardará en poner por si mismo la orden en ejecucion?* ¡No! ¡No! ¡No! Si la ley económica es inflexible, queda la ley religiosa, la ley moral, la ley de amor; y cuando el jornalero no halla un especulador que le ocupe, puede y debe hallar un hermano que le consuele y le ampare.

Esta carta se va haciendo muy larga, Juan; dejaremos para otra el investigar las causas de la falta de trabajo.

Concepcion Arenal.

LA CARIDAD EN LA GUERRA.



Señores Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD: Muy Señores míos y muy estimados amigos: Me han pedido VV. algunas veces para su periódico noticias sobre la gran Asociación de Socorros á militares heridos en campaña, que tan brillantes resultados produjo en la guerra de los Estados-Unidos, luego en la del Slesvig, y ahora en la de Francia y Prusia.

Aquí las envío; VV., que saben, las amasarán como mas convenga á su periódico.

Sus suscritores que contribuyeron generosamente al socorro de los heridos, se alegrarán de saber los rasgos de caridad á que esta guerra, anacronismo de la civilizacion tan cacareada del siglo XIX, ha dado lugar. Francia y Prusia han competido, no solo en los medios horrorosos de ataque y valor, sino tambien en los de caridad por los heridos. En una y otra nacion, si los Emperadores se pusieron á la cabeza de los ejércitos devastadores, las Emperatrices se pusieron al frente de las falanjes de Señoras caritativas, y las naciones vecinas, Bélgica y Suiza, neutrales para el mal, no lo fueron para el bien.

Las señoras y los socios de la humanitaria Asociación de Socorro á militares heridos, que en 1858 reunió en Ginebra á los mandatarios de varias naciones, entre las que figuró España como la sesta, pusieron por obra el código de Caridad en la Guerra, al que en Ginebra se habian adherido. Todo herido ya no puede ser enemigo, dijeron, y vuelve á ser hermano. Los hospitales serán de todos y para todos sin distincion. Ellos son inviolables, pues son el templo de la caridad cristiana, y ondea en todos la misma bandera de paz con la cruz roja.

En Francia y Prusia el entusiasmo por la Asociación fue grandísimo: en todas las tiendas, teatros y sitios públicos se veian cajas con la cruz roja, destinadas á recibir ofrendas; y en las tertulias no se hacia mas que trabajar y recojer para los heridos; y eso que no presentian el espantoso número de los que habia de haber.

El primer coche de hospital ambulante fue victoreado en París. Los periodistas pagaron y mantuvieron una ambulancia. Los mas distinguidos cirujanos, como Nelaton, Chenú, Ricord, etc., se pusieron á su servicio, así como ingleses, belgas, suizos, españoles,

italianos y de otros países. Nadie ha hablado en España de este impulso civilizador, y los periódicos, ni aun los militares, excepto LA VOZ DE LA CARIDAD, no nos han dado cuenta de esta magnífica epopeya, absorbidos solo por los estragos de la guerra ó las peripecias de la política. Una ametralladora ha llamado mas la atención que una ambulancia, así como un crimen atroz encuentra desgraciadamente mas lectores y mas escritores que una obra de caridad.

Pero empezaron los combates, y se vió que nada bastaba; las márgenes del Mosa y del Rhin, tantas veces regadas con sangre, lo eran ahora mas que nunca. Llegó el invierno, rigorosísimo; pero los adelantos del dia no admiten cuarteles de invierno. ¡Guerra cruel! ¡Heridos que se hielan y que se mueren de hambre! Pero la caridad tambien tiene sus adelantos; ella inspira al Comité central suizo, establecido en Basilea, ciudad suiza muy inmediata al campo de guerra, una Agencia general neutral, que recibirá los donativos de todas las naciones y los distribuirá como se le encargue; y en efecto, esta comision ha cumplido lo que ofreció, mereciendo bien de entrambos beligerantes y de la humanidad entera. Veinte boletines ha publicado dando cuenta quincenal de los bultos que llegaban, de cómo se distribuian, lo mismo del dinero; y ha dado en el último un mapa todo lleno de crucecitas rojas que indican los hospitales á donde han llegado sus remesas, siempre con penalidad, muchas veces con peligro.

Unas setenta señoras de la misma ciudad de Basilea han trabajado 147 dias en abrir 1538 paquetes recibidos, y en distribuirlos en 703 grandes cajas para distribuir á varios puntos. El estado general de expediciones manifiesta han circulado 6425 bultos, cuyo contenido detalla; y respecto á fondos, el balance de caja publicado nos dice que se han gastado 419.284 francos.

Pero Bélgica, la caritativa y civilizada Bélgica, tampoco se dormia en la indiferencia. Las Señoras y el Comité belga recojian donativos; el periódico del celoso Dr. Van-Holsbek, *La Charité*, escitaba la caridad; y los belgas mantuvieron hospitales, que fueron de gran auxilio á los franceses.

Los Comités prusianos y franceses competian en celo por auxiliar á los suyos, y por mantener ilesas las inmunidades de la cruz roja; pero todos sus generosos esfuerzos no bastaban; el rigor de la estacion era mucho, y la mortandad espantosa.

Aquellos famosos sitios de Strasburgo, de Metz, de Belfort, maravillas de valor y de constancia, dignas de mejor suerte y de mejor objeto, producian desgracias sin cuento. Pero la caridad no desmayaba; cada quinta, cada aldea se convertia en hospital; los socorros

llegaban por Suiza desde Inglaterra, España, Noruega, Italia y aun de América. Todas las naciones civilizadas tomaron parte en estas desgracias; ¡ojalá la hubieran tomado á tiempo para evitarlas!

Todos deseaban la conclusion de esta guerra, que perjudicaba al comercio de todo el mundo; pero en vez de concluir produjo el sitio de París, que duró lo que nadie podia imaginar. Una parte del Comité, con el Vicepresidente, Conde de Sérurier, se quedó dentro, y otra con el Presidente, Conde de Flavigny, quedó fuera para atender á las necesidades del ejército, que cada dia aumentaban. Los Comités prusianos operaban con igual celo en Versalles, y sobre todo en las orillas del Mosa y del Rhin, dirijiendo hácia Alemania los heridos que podian soportar tan penoso viaje. Las Hermanas de la Caridad en Francia, las Diaconesas en Alemania y las Señoras en todas partes, les auxiliaban poderosamente. Por esto el Coronel inglés Loyd Lindsey, al volver á Inglaterra, dando cuenta de su mision, declaró que el servicio de heridos hecho por mujeres ha sido el mas ventajoso, y el de las Hermanas de la Caridad sobre todo. Este señor es protestante.

Todos los Hermanos llamados de la Doctrina, dedicados á la educacion del pueblo, se pusieron al servicio de los heridos, y algunos han muerto por recojerlos al frente del enemigo, como sucedió el 22 de diciembre en el bosque de Bologne y en otras partes.

Los palacios de los Reyes y potentados fueron ofrecidos y aceptados para hospitales de heridos, y el Grand-Hotel, centro del lujo y del placer en tiempos felices, fue centro de caridad en los tiempos desgraciados. París dió grandes ejemplos de grandeza y abnegacion. París no dejó de ser en tiempo del sitio la gran ciudad.

La Administracion militar no habia previsto tan grandes conflictos, aunque la última guerra de Italia bien los habia anunciado; y sin la Sociedad de Socorros á heridos, el abandono de estos hubiera sido cruel y espantoso.

Véanse si no los informes y cartas del Conde de Flavigny, Presidente, del Conde de Sérurier, del Coronel Hubert-Saladin, de Mr. Leonce de Cazenave, del Dr. Van-Holsbeck, del Dr. Christol; todos manifiestan la confusion que reinaba, el abandono que aflijia, la necesidad que apremiaba. Así de todas partes se han dado las gracias á la Asociacion, y de ninguna ha habido quejas de parcialidad, abusos ni malversacion de caudales.

El Emperador de Alemania escribió á la Emperatriz desde Nancy á 14 de marzo una carta, en que espresa lo conmovido que se halla su corazon por los socorros que ha recido el ejército. Dice que el Comité central aleman de esta Asociacion ha logrado realizar la uni-

dad alemana con respecto á la humanidad. Añade que las ofrendas de todos y la resignada é infatigable caridad de las personas que á tan penosa tarea han dedicado sus desvelos, han sobrepujado toda esperanza. Así el Emperador, en nombre del ejército y de la nacion, suplica á la Emperatriz espese al Comité central de la Sociedad su gratitud y reconocimiento. Tambien creó una condecoracion especial para las mujeres que habian sobresalido en caridad.

Por otro lado, Mr. Julio Favre, Ministro de Negocios Etranjeros de Francia, dirige desde Versalles carta parecida al Sr. Conde de Flavigny, Presidente del Comité central de la Sociedad francesa, dando á esta las gracias por los grandes socorros que ha prestado á los heridos y enfermos, y dándolas tambien á las naciones estrangeras por los auxilios que, tanto en donativos como enviando cirujanos y enfermeros, han facilitado.

Ya hemos visto en los periódicos que los Condes de Flavigny y de Serurier, Presidentes de la Sociedad francesa de Socorro á heridos, han pasado á Londres á llevar las insignias de Comendador al celoso Coronel inglés Loyd Lindsey, Presidente de la Seccion inglesa, que llevó á Francia cuantiosos donativos y asistió personalmente á los heridos; pero el mas seguro galardón es el que les espera en el cielo y el respeto público en la tierra. ¿Quién no respeta los nombres de Miss Nigtingale, de la Condesa de Mina y otros?

Al socorrer los heridos, la Asociacion advirtió el abandono en que se encontraban los prisioneros, la mayor parte franceses; pero como esto no era de su incumbencia, y no podia distraer los donativos hechos para los heridos, promovió la formacion de otra Sociedad bajo la insignia de la Cruz Verde, que se ocupó del socorro de los prisioneros, procurándoles auxilios de todo género, facilitándoles las comunicaciones con sus deudos y amigos, y los medios de repatriacion cuando ha sido posible. Esto con tan buen éxito, que hecha la paz, el Gobierno francés ha encomendado á la Sociedad de Socorros la magna obra de repatriacion de prisioneros enfermos, en trenes especiales subvencionados por el Estado.

La Asociacion de la Cruz Verde ha publicado cuatro Memorias semejantes á las de la Agencia de Basilea, en las que da cuenta de la inversion de sus fondos. En la cuarta y última publica dos interesantes mapas, el uno indicando los muchos depósitos de prisioneros que estableció el Comité, y el otro dando idea del campamento de prisioneros franceses establecido en Carthaus, junto á Coblentza.

He hablado de facilitar las comunicaciones, y como algunos lo creerán cosa de poca importancia, creo útil decirles, que como en esta guerra el número de prisioneros ha llegado á un punto descono-

cido en todas las anteriores, la confusion ha sido grandísima, y la dificultad de comunicaciones seguras, sobre todo para remitir dinero, inmensa. Para acudir á ella se estableció en Basilea una oficina internacional, otra en París, otra en Berlin y en algun otro punto de Alemania. Solo en Basilea se recibian un dia con otro 720 cartas para los heridos, las cuales exijan 720 respuestas, y cada respuesta muchas informaciones; tanto que el Gobierno concedió franqueo gratuito á las que llevaban el sello de la cruz roja. Se imprimieron y publicaron listas de los nombres de los prisioneros, pero esto no bastó, porque muchos habian muerto sin que constara su defuncion, y esto es origen de ansiedad y de grandes perjuicios para las viudas y familias de los muertos. Pero á pesar de tan grandes esfuerzos, apenas se pudo contestar satisfactoriamente la quinta parte de las preguntas. Si pensasen en estos y otros muchos mayores males que traen las guerras los culpables y temerarios que las promueven, tal vez pensarian algo mas antes de dar el terrible grito.

Concluyóse por fin la guerra sin la mediacion de ninguna potencia; pero cuando la Francia estaba abatida y enlutada por la pérdida de su dignidad, de sus mejores hijos, de sus mas importantes plazas fuertes, de su brillante ejército, de tres de sus mas industriosas provincias, unos pocos y malos hijos, no respetando su duelo, le promueven un nuevo combate. Sublévanse contra el Gobierno que ellos mismos habian elejido, y llamándose *Comune*, esto es, mayoría, se opone la minoría de una ciudad al plebiscito de toda la Francia, y resisten al Gobierno francés cuando aún estaban invadidos y gobernados por prusianos. Esto origina un segundo sitio de París, mas destructor ¡quién lo creyera! que el primero. En él se incendian los palacios y museos, no por el sitiador, sino por despecho del sitiado. Entonces por primera vez fueron holladas las inmuni-dades de la benéfica Asociacion, que con aplauso público socorria á los heridos; y hubiera desaparecido sin el valor cívico de su Secretario general, el Conde de Beaufort, que resistió él solo por delegacion de la Junta, que se vió obligada á trasladarse á Versalles. Él ha publicado el diario de sus 48 dias de resistencia, y es muy útil para ayudar á conocer esos Gobiernos improvisados, que gritan una cosa y hacen otra.

Su gran reforma y mejora fue borrar de los coches la cruz roja, y despedir las Hermanas de la Caridad; pero la Asociacion continuaba socorriendo á los heridos, y logró que la *Comune* respetase el convenio de Ginebra, devolviese la cruz á los carruajes, y que esta flotase en los hospitales al lado de la bandera roja.

En España se pidió estender el socorro de los militares heridos

en campaña á los no militares que pudieran caer en las luchas civiles.

Discutióse en las Córtes la ley de orden público, y la Comision navarra, que siempre acude á los puestos avanzados, elevó á las Córtes una esposicion pidiendo algunas inmunidades, para que la Asociacion pudiera recojer y cuidar los heridos en sublevaciones populares. Aunque llegó tarde, fue sostenida por el Diputado Señor Torres Mena, y aceptada por la Comision; y se añadió en la ley, que los que se ocupasen en recojer y cuidar heridos, no se considerarian como sublevados. En consecuencia de esta salvedad se propusieron diez comisiones, una para cada distrito municipal de esta Corte, y alguna subcomision para barrios apartados, que preparasen locales y auxilios para el caso de un conflicto.

Tambien las Señoras han formado Juntas de distrito en Madrid, y remitido al extranjero, para distribuir entre los dos ejércitos, 52.000 rs., con una carta que ya conocen los lectores de LA VOZ DE LA CARIDAD.

La Asociacion se ha fortalecido con su difícil actividad en esta colosal guerra, y se puede asegurar que es una de las mas útiles á la verdadera civilizacion, y á mantener la paz, haciendo comprender á todos, los horrores y perjuicios de la guerra.

Estracten VV. para LA VOZ DE LA CARIDAD lo que crean mas conveniente, y si desean mas noticias, tendrá mucho gusto en dárselas su afectísimo S. S. y A. Q. B. S. M.

El Conde de Ripalda.

Madrid á 18 de julio de 1871.

ADVERTENCIA.

Sentimos aparecer quizá importunos recordando de nuevo el pago de la suscripcion; pero esta pertenece á los pobres, y en su nombre pedimos. Hay bastantes suscritores que deben el tercer semestre, y aun algunos tambien el segundo, sin embargo de lo cual se continúa enviando á todos el periódico, mientras no lo devuelvan espresando que no lo quieren. Rogarles pues que subsanen este olvido, que desde luego suponemos lo será, es proporcionarles hacer una buena obra.